



Vida

MI LUCHA INTERIOR

David Wilkerson dice:

Este pudiera ser uno de los libros más importantes que lea en su vida. Podría transformarlo por completo en unas pocas horas... que es el tiempo que basta para leerlo.

"Mi lucha interior" fue escrito pensando en tantas personas dentro de las cuales se desarrolla una batalla atroz con los vicios y las pasiones que controlan su vida. Hasta en los que mejor actúan y esconden su realidad personal de todos, llega el momento en que la verdad aflora, con toda su devastadora carga de soledad y desesperación.

Este pequeño libro no fue escrito para quienes se niegan con soberbia a aceptar su propia verdad. Su objetivo es guiar a los que necesitan con urgencia la ayuda y la victoria del Señor, y admiten con humildad sincera que nada pueden por sus propias fuerzas.

ISBN 0-8297-1170-8

LUCHA INTERIOR

DOS FUERZAS EN LUCHA

DAVID WILKERSON

Más de 100.000 ejemplares impresos

Mi lucha interior

por David Wilkerson


EDITORIAL
Vida

ISBN 0-8297-1170-8

Categoría: Devocionales / Inspiradores / Jóvenes

Este libro fue publicado en inglés con el título
Two of me por Garden Valley Publishers.

© 1980 por David Wilkerson

Traducido por Benjamin Mercado

Edición en idioma español

© 1981 por Editorial Vida

Deerfield, Florida 33442-8134

Séptima impresión, 1992

Reservados todos los derechos

INTRODUCCION

Comencé este libro inspirado por el firme propósito de prestarles ayuda a las personas asediadas de problemas, a fin de que pudieran vivir una vida libre del poder del pecado. Pero apenas había comenzado a escribirlo, descubrí que abarcaba más. En realidad es una búsqueda personal destinada a alcanzar una completa victoria en mi vida personal. Aun cuando soy ministro evangélico, sufro como cualquier otro. Necesito poder para vencer el pecado, tanto como cualquier otro pecador de la tierra.

Mi investigación en busca del poder que me permitiera vencer el pecado abarcó una etapa de diez años, durante los cuales visité bibliotecas, consulté comentarios, mantuve conferencias con destacados exégetas de la Biblia, y realicé un estudio profundo de las Sagradas Escrituras, especialmente en la epístola a los Romanos. Aprendí mucho acerca de la debilidad humana y la continua lucha contra el mal, pero muy poco acerca de su cura.

Lo que he aprendido acerca de cómo liberarnos del poder del pecado ha sido el resultado de mis propios esfuerzos desesperados por romper todas las cadenas del pecado.

No podrá experimentar la fuerza avasalladora de este pequeño libro hasta que no lo haya leído detenidamente, de tapa a tapa. Lo que lea quizá le provoque enojo, pero no abandone su lectura hasta no haber asimilado todo el mensaje. Descubrirá entonces la verdad que lo puede hacer libre.

Todo lo que le pido es de que lo lea desde el principio hasta el fin, con una mente abierta y sin prejuicios.

David Wilkerson

Capítulo 1

MIS DOS CARAS

Soy un ser extraño, dotado de dos mentes contrarias que funcionan en un solo cuerpo. Son dos fuerzas vitales distintas que pugnan por dirigir mi conducta.

Hay cosas en mí mismo que me espantan. Por ejemplo, esa profunda necesidad interior que no puedo explicar. O esa necesidad constante de cariño y de éxito. Asimismo, esos anhelos sutiles que afloran en ocasiones, y que despiertan en mí pasiones que son contrarias a la parte noble de mi naturaleza.

Me es imposible explicar por qué existe esa dualidad en mi persona cuando se trata de elegir entre el bien y el mal. El mal que odio está siempre presente en mí. También lo están los deseos buenos y nobles, lo que crea en mí mente una agitación constante. No es una batalla que se libe todos los días, ni que dure todo el día, pero sí hay ocasiones en que el mal trata de subyugarme.

Precisamente cuando creo ser dueño de la situación, el mundo se me desmorona, y de nuevo hago aquello que en realidad no quiero hacer.

Esta batalla entre el bien y el mal ha desencadenado su furia en todo el mundo. Descubierta en adulterio, un ministro confesó lo siguiente: "Mi naturaleza vil ejercía sobre mí un extraño hechizo. Me impulsaba a perseguir sueños ilusorios que estaba seguro que se esfumarían. Me tenía encade-

nado a una sensualidad que finalmente provocó mi ruina. Me obligó a aceptar contemporizaciones que me debilitaron. Sus promesas de verdadero amor se desvanecieron como un engañoso espejismo. Y, aun cuando sabía que seguiría sufriendo, seguí los dictados de mi mente vil, como si fuera un obediente esclavo.”

Un antiguo creyente, que había formado parte de un grupo musical religioso, procuró explicar por qué se encuentra de vuelta entre la multitud inconversa, inyectándose drogas y bebiendo bebidas alcohólicas.

—Todo lo que sé es que se libraba una lucha aterradora en mi propio cuerpo, por el control de mi vida. Una presencia maléfica se agitaba de continuo en mi mente, procurando destruir todo lo bueno y decente que yo procuraba realizar. Esta parte maléfica de mí ser me hundía en el lodazal, obligándome a hacer cosas que yo no quería. Era una presencia tan sobrecogedora, que yo obedecía todas sus órdenes, hasta terminar asediado por sentimientos de culpabilidad, de soledad y de vacío.

—Y sin embargo, cuando lograba eludir el bullicio de la multitud apartándome de mis placeres, mi propio yo, pobre y solitario, clamaba desde las profundidades de mi ser pidiendo satisfacción, como el llanto lastimero de un bebé hambriento. Aquella voz gemía diciendo: “No me dejes solo, te lo ruego. Aliméntame; ayúdame; dame cariño.”

—A veces una parte de mi ser se indignaba

contra Dios, porque no me quitaba el pecado del corazón. Me cansé de aquella lucha que se libraba en mí ser. El enemigo de mi alma parecía muy fuerte, y yo muy débil. La naturaleza justa y noble que había en mí deseaba aplastar toda la maldad, arrancar de mí todos los fuertes deseos pecaminosos, y libertarme por completo de pecado.

—Yo sé que una parte de mi ser quiere obedecer a Dios. Esta obediencia nada tiene que ver con las iglesias, los predicadores o los reformadores visionarios que pronuncian sermones en favor de la moralidad. Es algo más que el simple deseo del perdón. Es más que salvar mi alma, y nada tiene que ver con el temor al infierno o al castigo eterno. Es más que la misma necesidad de alcanzar la paz o que el deseo de realizarme. Es una necesidad, en las profundidades mismas de mi alma, de conocer a Dios en una forma muy personal y sentir su amor. Tengo la esperanza de que algún día retornaré a Dios y seré libre.

Centenares de alcohólicos y drogadictos me visitan en mi oficina y me narran lastimosas historias. Casi sin excepción, me confiesan lo mismo: — ¡Odio este vicio! Me ha convertido en un animal. Me divertía al principio, pero ahora me está matando. Parece que tuviera dos personalidades. Me siento amarrado por el hábito mental; no puedo dominarme. Sin embargo, mi corazón desea ser libre. Dígame cómo librarme del vicio.

Cierta vez, un joven amigo mío adicto a las drogas, movido por la desesperación, se acostó en su cama, se metió una jeringa en las venas, la llenó de sangre y escribió en el cielo raso una frase:

¡DIOS MIO, AYUDAME!

El dilema homosexual es una de las luchas interiores más complejas que se libran entre las dos naturalezas del hombre, aun cuando la mayoría de estas personas no piense que sus preferencias sexuales sean un problema de los que dominan la vida. Para ellos, la homosexualidad es normal y se ofenden ante la sugerencia de que su conducta les cause agonías. La mayoría afirman que no es así.

Desde Castro Street en San Francisco hasta Greenwich Village, en Nueva York, he oído a numerosos homosexuales decir que viven una vida normal. Se jactan de no sentir culpabilidad, y están orgullosos de ser homosexuales. Afirman repetidamente que sólo los homosexuales confundidos y paranoicos quieren abandonar esa vida.

Un dirigente activista homosexual de San Francisco me advirtió diciendo: — No hay ni un solo homosexual en esta ciudad que quiera cambiar. Simplemente, ustedes los predicadores están perdiendo el tiempo. No estamos enfermos, ni necesitamos de ninguna cura. ¡Estamos orgullosos de lo que somos, y mejor adaptados que todos ustedes, por lo que tenemos el derecho de rechazar a los fanáticos religiosos que se internan en nuestro territorio y procuran cambiarnos! Vuélvanse a sus prácticas de intercambiar esposas y a sus relaciones fornicarias y procuren cambiar su situación. A nosotros déjenlos en paz.

Sin embargo, la colectividad homosexual no puede explicar por qué un número creciente de sus miembros admite que su modo de vida es una

experiencia aterradora. El exceso en la bebida, el número elevado de suicidios, y el constante recurso al psicoanálisis son indicios que nos sugieren que se libra una encarnizada lucha entre las dos naturalezas en la mente y el corazón de estas personas.

Tengo un amigo homosexual que me relató su batalla interna contra la lujuria y sus esfuerzos por libertarse. Me dijo: — Cuando comencé la vida homosexual, una parte de mí disfrutaba de ella, y la otra la odiaba. Y me odiaba a mí mismo. Comenzó a apoderarse de mí un sentimiento extraño, como si yo fuese dos personas en una, dos naturalezas opuestas dentro de mí, que me frustraban y deprimían. Se apoderó de mí un apetito insaciable por el sexo, y el deseo de la carne apagó al principio el sentido de culpabilidad. Me obsesioné con mi propio cuerpo. Lo triste es que el placer sensual consumía todos mis pensamientos y energías, y me sentía incapaz de hacer algo al respecto. Mi mente me impulsaba en dos direcciones distintas. Una parte de mí disfrutaba del acto sexual apasionado, violento, porque me proporcionaba alivio transitorio. La otra parte de mí se afligía y angustiaba al consumir aquellos actos sexuales que tanto odiaba. Me sentía atrapado, y a pesar de mis muchos éxitos, me hallaba solo. Cuando la urgencia sexual se apoderaba de mí, buscaba alivio en las bebidas alcohólicas. Tenía la sensación de que estas actividades arruinarían todo mi organismo.

— Comencé a preguntarme qué clase de Dios fue el que me creó con ansias de satisfacer esta

clase de sexo y me hizo prisionero de mi propio cuerpo. Abandoné toda esperanza de escapar. Resolví sacar el mejor partido de aquellas circunstancias. Hallaría la manera de vivir una vida doble y aceptar la situación tal cual era. No seguiría tratando de cambiar.

—También comencé a maldecir a Dios por permitir que yo naciera con estas inclinaciones. Tuve la sensación de que El me había abandonado, y otro ser dominaba mi vida. Aquel ser me hablaba desde la lejanía, a través de un túnel profundo y tenebroso. El otro yo, el ser bueno y espiritual, sólo se expresaba con lloriqueos. La homosexualidad dominaba completamente mi personalidad, se hizo cargo de mi vida por completo, y me sentía indefenso para resistir.

Cierto día escuché a un homosexual que recorría el barrio Tenderloin de San Francisco mientras me describía el terror que invadía su alma. — Amigo mío, — me dijo —, el comercio de cuerpos en un bar de homosexuales es lo más insensible que conozco en la tierra. Es degradante y repulsivo, puesto que la mayor parte de dichos bares son simplemente prostíbulos que suministran información, divulgan chismes, distribuyen panfletos, y recolectan dinero para causas de carácter político.

— Es aterrador tener que satisfacer las necesidades de carácter sexual en las calles. Recojo a alguien de la calle con la esperanza de que ocurrirá algo bueno. Aliento la esperanza de que hallaré el amor. Todos los viernes y sábados por la noche, crecen mis esperanzas de que esta vez me

acontecerá algo bueno, y hallaré el gran amor que me libertará de esta cárcel de desesperación.

Pero nunca ocurre. Se aferra a mi corazón una sensación profunda de que todo es engañoso, de que he sido defraudado. Todas las promesas que he hecho o he recibido con respecto a un compromiso contraído para toda la vida, se rompen, y lo que suponía que era el gran amor de mi vida, se marchita y muere. Dentro de poco iniciaré de nuevo la búsqueda, tratando de hallar algo que es solamente una ilusión. Y vuelvo a odiarme a mí mismo y a sentirme abandonado.

Otro homosexual, vestido de mujer y que responde al nombre de Reneé, me contó un día que le había permitido a una parte de sí mismo que surgiera y se integrara con la otra parte.

— Reverendo, — me dijo —, puedo andar así porque estoy en la zona homosexual de seguridad. Su terror lo produce el deseo de dominar adecuadamente el impulso sexual. El mío es provocado por el deseo de lograr una satisfacción adecuada. La mayoría de los homosexuales de mi círculo viven tan inseguros como yo, temiéndole al fracaso. Pero uno sigue buscando. Consigue satisfacción, pero pronto está de vuelta, esperando una satisfacción más profunda. ¡La sed de placeres nunca queda satisfecha; nunca puede saciarse! Pero, amigo mío, qué heridas más profundas nos causa. Hasta mis amigos homosexuales se burlan de mí y sus risas son más crueles que las de los que no son homosexuales.

— Como me sentía convertido en un paria y desechado, resolví un día desempeñar ese papel.

Estaba cansado de los sueños destrozados, los sufrimientos interminables y la constante soledad. Tomé una resolución: Me liberraría a mí mismo. Sabía que tenía una doble identidad, que en realidad residían en mí dos personas, y que una de ellas alcanzaría la victoria. Dejé de acudir a los consejeros, abandoné el uso de las drogas, y decidí ganarme amigos con mi cuerpo y enseñarlo a mi placer. Reneé es el nombre que le he puesto a mi yo dominante. Durante el día soy profesor; por la noche, dejo que surja Reneé, y compita por la obtención de trofeos masculinos.

— En los momentos de meditación y sinceridad, sé que todo esto es superficial. Observo a mis amigos maltratados y abandonados, estropeados y heridos por toda esta competencia destructiva. Algunos de mis mejores amigos se han suicidado. Una tristeza profunda me inunda el corazón cuando estoy solo, aun cuando no tenga razones para sentirme así. Los domingos paso por una experiencia deprimente. Son días de sombras y remordimientos. Por supuesto que soy homosexual, pero digan lo que digan, no puedo regocijarme en ello. Reneé se aburre ahora. Mis amigos no sienten ningún interés verdadero en mí. Los cigarrillos han perdido su sabor. Vivir en el primer plano de la popularidad carece de sentido para mí. Las bebidas me deprimen. Estoy en un constante desasosiego. Marcho por una calle sin salida. Soy un homosexual de cuarenta y dos años de edad vestido de mujer, pavoneándome por las calles para ocultar una tragedia.

Sé de un homosexual que pensó que el cambio

de sexo podría poner fin a su agitación interior. Escribe diciendo: "No pude seguir actuando como hombre. Lo procuré; hasta me casé, pero muy pronto me divorcié. Resolví que no existía ayuda para mí, de manera que ingresé en el mundo de los homosexuales y cedí ante todos mis apetitos.

"Mis deseos se apoderaron de mi razonamiento. Parecía que había en mí dos personas al mismo tiempo. Quería ser mujer y pensaba como mujer, de manera que ¿por qué no podía ser mujer? Hallé un médico que me operó y cambió mi sexo. En mi opinión, había ido tan lejos que Dios no podía perdonarme, así que aparecí en clubes nocturnos actuando como bailarina exótica. Pero el cambio de sexo no produjo paz en mi corazón. Abracé las pasiones, para disfrutar de la emoción del momento, las salidas de noche, los vestidos costosos, las comidas deliciosas, las joyas, las bebidas alcohólicas, y los acompañantes atractivos.

"Pero cuando me quedaba solo, tenía que enfrentarme conmigo mismo. Me miraba al espejo, y era una mujer la que me devolvía la mirada, pero dentro de mí era la misma persona que había sido siempre. Aún me sentía sólo, rechazado, y mi lucha continuaba.

"El comienzo fue difícil. Siempre existe ese sentimiento de culpabilidad, y el temor de ser descubierto. Pero lentamente uno se endurece hasta que ya no le duele más. Hay días en que todavía se sufre, pero se buscan excusas o se acude al alcohol o las drogas para olvidar. Al principio el cuerpo se rebela ante los actos contrarios a la naturaleza, pero uno se obliga a adap-

tarse, hasta que deja de ser doloroso. Con el tiempo se llega a pensar que estos actos son naturales y hermosos. Pasan los días, las semanas, y los años, y se siguen acumulando excusas que impiden hacerle frente a la verdad.”

La lucha por la santidad

He leído las lastimosas confesiones de monjes que se han recluso en monasterios durante años, procurando dominar sus bajas pasiones. Pero aun así, sus malos pensamientos casi los enloquecen. No han alcanzado la victoria sobre las pasiones aislándose de la sociedad. Precisamente cuando pensaban que estaban libres de las pasiones, y que habían puesto bajo control todos los deseos carnales, caían de nuevo bajo el embrujo de pasiones desordenadas y desenfrenados pensamientos.

Cierto monje vivió durante cincuenta años en una cueva subterránea, procurando sujetar su cuerpo al espíritu. Otros se enterraron hasta el cuello en la arena calcinante, con la esperanza de “quemar” sus iniquidades.

He leído de monjes que durmieron en colchones de espinas y en pilas de vidrios rotos. Otros se ataron una pierna, caminando con un solo pie hasta que perdieron el uso del otro. Otro monje se colocó dentro de la rueda de un vehículo y se quedó allí en posición fetal durante diez años, siendo alimentado por otros.

San Simeón Estilita, monje sirio del siglo V, se entregó a la meditación, a la oración y a la predicación en lo alto de una columna, en la que vivió treinta años, y cuando se debilitó tanto que

ya no podía quedarse allí, hizo erigir un poste y se encadenó a él. Todos estos métodos de tortura los emplearon los monjes a fin de desalojar la influencia malvada que sentían en ellos. Querían aniquilar esa parte del ser que ansiaba el pecado.

En la Edad Media, largas procesiones de flagelantes viajaban de país en país gimiendo, llorando, cantando himnos tristes de arrepentimiento, y flagelándose las espaldas desnudas a medida que marchaban. Miles se unían a estas procesiones con el propósito de “desalojar al diablo mediante la tortura”.

Santa Eteldreda creía su carne tan corrupta e inmundada, que se negaba a lavarse. Andaba de un lado para otro, sin lavarse y cubierta de mugre, y venerada como santa porque se suponía que había conquistado su propia carne.

Leyendo la Biblia, descubro que no soy yo el único atrapado en la lucha entre el bien y el mal. El rey David era un hombre amado por Dios. Sin embargo, cometió adulterio con Betsabé, y luego hizo asesinar a su marido a fin de que no descubriera que su mujer estaba encinta. Se sintió desesperado, y lo admitió diciendo: “Porque mis iniquidades se han agravado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí. . . Y nada hay sano en mi carne. . . Porque mis lomos están llenos de ardor. . . No hay paz en mis huesos, a causa de mi pecado.”

El apóstol Pablo declaró: “Mi propia conducta me desconcierta. Porque descubro que hago lo que en realidad ABORREZCO, y no hago lo que en realidad quiero hacer. . . Descubro con frecuencia

que tengo el ánimo de hacer lo bueno, pero no las fuerzas. Cuando quiero hacer lo bueno, sólo el mal está a mi alcance. . . Soy cautivo de la ley del pecado que es inherente a mi cuerpo mortal. Porque, si se me deja proceder como quiero, sirvo a la ley de Dios con mi mente, pero en mi naturaleza no espiritual sirvo a la ley del pecado. ES UNA SITUACION AGONIZANTE. . . ¿QUIEN PODRA LIBRARME DE LA PRISION EN QUE SE ENCUENTRA MI CUERPO MORTAL?. . . ¡SOLAMENTE CRISTO!" (Romanos 7: 14-25, v. libre).

¿Dos Pablos también? ¡Sí! Se libró también en él una lucha agonizante entre una naturaleza espiritual y otra no espiritual, trabadas en constante batalla. Esta situación desdichada y agonizante, Pablo la describe como la más aterradora experiencia por la que puede pasar el hombre. Es el espantoso miedo a perder el dominio de la situación — un pavoroso miedo de provocar la ira de Dios al ceder ante los pecados secretos más de la cuenta, o peor aún, ser abandonado en manos del pecado.

La víctima que cede ante la ley del pecado comienza a pensar así: "¿Qué tengo que hacer para triunfar sobre el mal que reina en mí? He derramado un mar de lágrimas, he recurrido a la fuerza de voluntad, me he condenado a mí mismo, he hecho mil promesas de cambiar y he leído todo lo que ha caído en mis manos acerca de cómo ser santo. Pero estoy a punto de caer vencido por el agotamiento. ¿Me abandonará Dios antes de que pueda aprender cómo alcanzar la libertad? ¿Cómo puedo resistir esa fuerza avasalladora que me

impulsa hacia abajo? ¿De qué me vale?"

Aquellos que no están librando esta tremenda lucha interna, o han triunfado por medio de la fe, o no son sinceros. No se afligen por sus pecados, porque han resuelto no hacerles caso. Algunos tienen el corazón endurecido por el pecado, y la conciencia ha dejado de remorderles. Otros se han creado un esmerado sistema de excusas y justificaciones para todo lo que hacen, absolviéndose a sí mismos de toda debilidad y de toda falta. Es una práctica común entre aquellos que descubren que hay ciertos problemas que controlan su vida, dedicarse a estudiar historia, sociología o religión, a fin de hallar una justificación para su conducta.

Pero el que busca con sinceridad no puede excusarse con tanta facilidad y vivir feliz consigo mismo. Tiene que darse cuenta de que hay en él un aspecto carnal repulsivo y admitir: "Soy esclavo del pecado. Nada bueno hay en mí sin Dios. Soy débil, frágil e inclinado al pecado, y necesito de la ayuda cotidiana de Dios." En realidad, cuanto más santo sea un hombre, tanto más consciente estará de su propia condición de pecador.

Hace más de cien años, el gran predicador escocés Alejandro Whyte hizo un llamado a la sinceridad para admitir la lucha que se libra entre las dos naturalezas que hay dentro del hombre. Al efecto escribió:

Los escritores han tenido miedo de declarar abiertamente toda la verdad acerca de sus tribulaciones. La persona veraz debe admitir que no ha existido jamás nadie tan débil y

con un corazón tan malo como ella, ni vida alguna tan mala como la suya; ningún pecador tan asediado por tentaciones y pruebas como ella. Debe admitir su propia experiencia interior de pecaminosidad; saber que su pecado es dañino; que el pecado a veces ejerce dominio sobre él aún; que una maldad indescriptible está al acecho en su corazón, y que todo esto ocurre en su propio corazón. Esta es la agonía diaria que sufren todos aquellos que están conscientes de lo que pasa en su propio corazón.

De ninguna otra cosa podrá estar tan seguro y convencido como del pecado y la desdicha de su propio corazón malo y de su egoísmo, su envidia, malicia, soberbia, odio, venganza y sensualidad.

Capítulo 2

POR QUE DEJE DE JUZGAR A LOS PECADORES

Cierto día eché una mirada introspectiva, profunda y sincera en mi propio corazón, y no me gustó lo que vi: un ministro evangélico que les predicaba la santidad a los demás, pero que tenía que librar él mismo una batalla personal contra la misma presencia maléfica que está en todos los pecadores. Desde entonces he descubierto que algunos de los más famosos ministros evangélicos, que pregonan en voz alta que la sociedad está corrompida y el mal reina en la tierra, están librando sus propias batallas personales contra la sensualidad y el placer. Es posible ser un evangelista mundialmente famoso, proclamar a todo viento la corrupción de los pecadores, y ser tan falso como el peor hipócrita del mundo.

- **Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras?... (Romanos 2:21).**

He llegado al punto de creer que es el creyente falto de benevolencia, severo e inexorable, el que aleja al pecador del poder redentor de Cristo. La iglesia, por una falsa y farisaica ferocidad contra el pecado, deja con frecuencia a la gente dominada por los problemas en un desastroso abandono y

en la desesperación. Los creyentes, que son víctima de todas clases de tentaciones, desechan con frecuencia a los pecadores consuetudinarios diciéndoles que son casos sin esperanza. Esta actitud enjuiciadora le dice al pecador: "¡Entiértrate aún más en tu pecado! ¡No tienes esperanza! La Biblia te condena, así que entrégate a la maldad. Estás perdido; por lo tanto, no vamos a perder el tiempo tratando de ayudarte."

Una joven lesbiana que había asistido a una de mis campañas, me contó las dificultades que tenía porque la gente de la iglesia no la aceptaba, aun después de su conversión a Cristo.

— Me gustaría que los creyentes no juzgaran un pecado más grave que otro, y los trataran a todos por igual. Por una parte, tienden a olvidar al homosexual cuando hay que ayudarlo, mientras que por otra todos se acuerdan de él cuando el asunto es juzgarlo severamente, y declarar que no hay esperanza para él.

— Estoy cansada de ver que los creyentes aceptan a los adúlteros, las prostitutas, los alcohólicos y los masturbadores arrepentidos y luego retroceden asustados cuando el homosexual busca ayuda. Parece que están a punto de vomitar cuando hablan conmigo; observan todas mis acciones, me escrutan y analizan, para ver si cometo errores. No pueden olvidarse de mi pasado, como si Jesús hubiese venido a este mundo para salvar a todos, menos a los homosexuales.

No nos debe asombrar que el pecado haya sido confinado al bajo mundo. Tampoco nos debe asombrar que las personas dominadas por estos

hábitos tiendan a reaccionar con violencia. Estas almas atribuladas se sienten degradadas; son objeto de desprecio por parte de una iglesia que no quiere tener nada que ver con estos "invertidos", "afeminados" y "sodomitas". Todos nos hemos acostumbrado a despreciar a aquellos a quienes consideramos pecadores sin esperanza. Y la afectación de los creyentes constituye una de las causas principales del daño infligido a aquellos que viven entregados a la sensualidad.

Marcamos con estigmas a personas que viven esclavizadas por sus problemas. Las despojamos de su personalidad al pensar que están irremisiblemente perdidas. Para nosotros, sus prácticas son tan ofensivas y sus pecados tan escandalosos, que los convertimos en parias sin esperanza alguna de recuperación. Contribuimos a apagar esa sed que tienen de Dios, amontonando sobre ellos un alud de reproches y de ira incapaz de perdonar.

Si le robamos al pecador su personalidad, si lo despojamos de su dignidad, si recalcamos solamente sus fracasos, como si fuera un "don nadie", si le cerramos todas las rutas de retirada, lo estaremos empujando a una vida de endurecimiento. Se volverá insensible y comenzará a devolver golpe por golpe porque eso será todo lo que le ha quedado. Y una persona dura, encallecida, está a un paso de la violencia. Si humillamos al pecador y lo despojamos del sentido de su valor como persona, pronto habremos provocado en él un total desaliento. Si Dios no está con él para sostenerlo, perderá todas sus esperanzas y final-

mente se entregará a aquellos que le acepten. Y con frecuencia empleará luego esa hostilidad para disculparse y seguir en su pecado.

Mi compasión por los pecadores empedernidos ha sido puesta a dura prueba. He visto pandillas de sadomasoquistas vestidos con chaquetas de cuero, paseándose por Folsom Street en la ciudad de San Francisco, haciendo alarde de su perversión. Llevan consigo cinturones reforzados con clavos, pesadas cadenas, azotes y otros accesorios sadomasoquistas.

Los homosexuales vestidos de mujer se pasean orgullosamente, burlándose de la sociedad que no acepta sus prácticas. Muchísimos de estos homosexuales me han llamado fanático e impostor. Han balbuceado maldiciones contra mis sinceros esfuerzos por ayudarlos; han arrojado mis libros a una zanja, los han pisoteado, y han lanzado sobre su autor un torrente de maldiciones.

Es entonces cuando una serie de pensamientos horribles comienza a asomar a mi mente. Pienso en mi interior: "Dios mío, esa gente no tiene esperanza. No quiere recibirte; no busca tu ayuda. Estoy perdiendo el tiempo. Quizá un terremoto sea el único idioma que pueden entender. ¿Por qué predicarles la salvación a esta gente soberbia que ni siquiera admite que necesita ayuda?"

Pero cuando visito el barrio llamado Tenderloin, en la ciudad de San Francisco, y converso con aquellos que han caído en la degradación más profunda — borrachos consuetudinarios, drogadictos crónicos y sin esperanzas — algo maravilloso ocurre. El pecador tiende a proceder con

sinceridad cuando se encuentra sumido en la desesperación. La verdad sale a la superficie cuando está convencido de que lo ha perdido todo. La conducta simulada, las falsas apariencias; todo se desmorona. De pronto, queda al descubierto otro pecador pobre y perdido, que necesita el amor y la compasión de Cristo. Y lloran amargamente confesando que son injuriados, explotados, rechazados e incomprensidos.

Me es imposible explicar el gozo que siento al observar cómo el poder de Dios restaura aquellos cuerpos y mentes quebrantados. Todo eso es lo que nos lleva de vuelta a las calles, dispuestos a sufrir los insultos de los pecadores endurecidos que rechazan a Cristo. Quizá sea solamente uno entre mil el que admite su necesidad o que sufre tanto que quiere cambiar. No obstante, Dios nos conduce hasta esa persona necesitada, y no hay poder en la tierra ni en el infierno que pueda impedir que el Espíritu Santo descienda sobre ese corazón sediento de ayuda para traerle sanidad.

El apóstol Pablo dijo en cierta oportunidad: "A mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo" (Hechos 10:28).

En busca de una solución

Durante años he tratado de hallar la clave del poder sobre el pecado. Veo en mí mismo muchas cosas dañinas, y anhelo fervientemente ser libre de la esclavitud de mi carne.

Mi búsqueda de poder para vencer al pecado, me llevó durante diez años a visitar bibliotecas,

consultar comentarios, sostener conferencias con eruditos bíblicos y estudiar minuciosamente las Escrituras, especialmente la carta a los Romanos. Todo lo que leía y oía, describía con claridad la pobre situación de debilidad en que se halla el hombre, y su continua lucha contra el mal. Desde el apóstol Pablo hasta dirigentes eclesiásticos como Orígenes, Cipriano y Juan Crisóstomo; desde Agustín hasta Lutero, Calvino, Zuinglio y Wesley, y los modernos teólogos y eruditos bíblicos, todos describen la batalla, y todos admiten que han participado de la misma lucha. En cierta forma, me tranquilizó saber que no era un creyente excéntrico, y que la vergüenza que sentía por el pecado en mi corazón había sido compartida por los hombres más fieles a Dios que vivieron en la tierra. Pero en otro aspecto, me fue desmoralizador el saber tanto acerca de la lucha contra el pecado, y tan poco acerca del remedio. A semejanza del apóstol Pablo, todos se formularon el gran interrogante: "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" Y al igual que Pablo, todos respondieron: "El Señor Jesucristo."

¡Muy bien! Cristo es el remedio. El apóstol Pablo lo sabía; los padres de la iglesia también lo sabían; y yo lo sé. Pero, ¿qué es lo que significa esto? Es como decir: la luz es producida por el sol. ¿De qué manera es Cristo el remedio? ¿Cómo puedo recibir su poder portentoso en mi débil cuerpo? ¿Cómo puedo conectarme con esa fuente sobrenatural de justicia? No basta con decirme que el Señor Jesucristo puede salvarme y guardarme de todo pecado. No es suficiente afirmar: sólo

creer y serás sano. No es suficiente exclamar: la libertad viene por la fe.

El apóstol Pablo trató de explicar los pasos necesarios para conseguir el poder sobre el pecado en su carta a los Romanos. Nos habla de la lucha que se libra entre el viejo hombre y el nuevo. Les advierte a los cristianos que no tengan una mente carnal y que la victoria sobre el pecado depende de que nuestra mente sea espiritual.

¿Dos hombres dentro de mí? ¿Dos leyes que se manifiestan en mí? ¿Dos mentes que buscan controlarme? ¿Dos espíritus en pugna? Francamente, todo me resulta muy confuso. Leí muchas interpretaciones eruditas de lo que se supone que nos diga Pablo, y quedé aún más confuso. Los exégetas no se ponen de acuerdo en lo que respecta al significado verdadero del mensaje dirigido por Pablo a los Romanos. Hasta Pedro tenía dificultad en entender algunos de los razonamientos de Pablo: "Casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender" (2 Pedro 3:16).

No puedo creer que la senda por la cual puede alcanzarse el poder sobre el pecado sea un secreto tan profundo y misterioso que nos llevaría años comprenderlo. Es fácil saber por qué: necesito ayuda inmediata. No puedo esperar a guiarme por indicios. Si no entiendo cómo Dios se manifiesta y lo que espera que yo haga, estoy arruinado. El pecado podría someterme y destruirme, a menos que Dios acuda en mi auxilio con su verdad.

Lo que necesito realmente es que Dios descienda hasta mi alma atada a la tierra, confundida

e inclinada al pecado, y me enseñe cómo romper el hechizo en que me tiene aferrado el pecado.

Capítulo 3

EL PODER SOBRE EL PECADO

Por un tiempo pensé que la manera de conseguir poder sobre el pecado, sería estudiando su origen. En otras palabras, ¿de dónde vino el pecado y cómo me contagié con él? Pero qué estudio más largo y complejo es éste. Se trata más bien de un relato complicado sobre una guerra estelar que se produjo antes de que yo naciera, cuando el ángel principal, Lucifer, se puso al frente de un ejército compuesto por la tercera parte de los ángeles de Dios, encabezando así una insurrección.

El origen del pecado tiene también que ver con el hecho de que el hombre nació con libre albedrío, es decir con la facultad de elegir, incluso la alternativa de hacer el mal. Tiene que ver con Satanás que le presentó esa alternativa a Eva, la "primera dama" de la creación. Tiene que ver con Adán y Eva, cuyos ojos se abrieron para que se dieran cuenta de la lucha interior que habían iniciado en sus cuerpos y en sus mentes. Cómo el pecado fue comunicado desde Adán hasta el resto de la raza humana, es otro de esos problemas teológicos que se discuten aún en la actualidad.

Resolví no tratar de localizar el origen del pecado de Adán. Estoy más interesado con respecto a mi propia lucha. El hombre enfermo de cáncer no se preocupa por iniciar una investigación sobre cómo se originó el cáncer. Simplemente, busca la cura para su propia enfermedad. Es indudable que el médico debe entender la causa de la enfermedad a fin de hallar la cura. Pero el cuerpo enfermo está más interesado en recibir ayuda inmediata.

Sencillamente, le pedí al Espíritu Santo que me enseñara cómo actuar ante el mal que está presente en mi corazón ahora mismo. No me preocupa de dónde vino, cómo se originó o cómo entró en mi mente; todo lo que sé es que está allí, que no quiero que me domine, y que necesito ayuda para vencerlo. Le pedí a Dios que me diera la respuesta en una forma sencilla que yo pudiese entender. Con una fe de niño, he descubierto tres verdades absolutas que han abierto mi mente a una nueva vida de libertad con respecto al dominio del pecado. Son la clave de mi victoria sobre los engaños del pecado. Si usted también busca la verdadera libertad, estudie estas tres verdades absolutas con sumo cuidado.

VERDAD ABSOLUTA #1: TODOS SOMOS PECADORES

La Biblia nos dice: "Ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado" (Romanos 3:9).

¿Son algunas personas mejores que otras? Los que llevan una vida sexual normal, ¿son mejores

que los homosexuales? ¿Son los abstemios mejores que los bebedores? Los cónyuges fieles, ¿son mejores que sus vecinos adúlteros?

La Biblia resuelve la situación, de una vez por todas. **NADIE ES INOCENTE.** Todos hemos pecado.

- **Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno (Romanos 3:10-12).**

La Biblia no ahorra palabras para describir lo que anida en el corazón del hombre pecador. Es un cuadro repulsivo con el cual estamos todos demasiado familiarizados. De la abundancia del corazón habla la boca.

- **Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; Y NO CONOCIERON CAMINO DE PAZ. NO HAY TEMOR DE DIOS DELANTE DE SUS OJOS (Romanos 3:13-18).**

Es de mucha importancia la opinión que tengo de mi pecado. La Biblia me dice que soy mentiroso si me jacto de que no hay pecado en mí. La única manera de alcanzar a Dios consiste en internarme profundamente primero en mi propio corazón, para excavar todo lo inmundo y lo malo

que está allí oculto, a fin de que quede expuesto a la luz divina.

La Biblia dice: "Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana" (Isaías 1:6). El pecado es una enfermedad que contamina por completo no solamente el cuerpo, sino también la mente.

También afirman las Escrituras: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso" (Jeremías 17:9). Entonces, ¿por qué es que no consideramos nuestro pecado como algo perverso y peligroso, y por qué lo estamos disculpando siempre?

Vamos de un lugar a otro engañándonos, convenciéndonos de que el pecado no es tan pecaminoso como dice Dios y de que no somos tan malos como somos en realidad. Acuñaamos un extenso vocabulario de palabras pulidas y frases borrosas y obscuras, a fin de restarle importancia con explicaciones a la corrupción del pecado.

El pecado rara vez se nos presenta tal cual es; no se aparece ante nosotros diciéndonos: "Soy tu enemigo mortal; estoy a punto de engañarte, de destruirte, y de enviarte al infierno." En cambio, se nos presenta como una aparición angélica, con un beso, con los brazos extendidos, con palabras lisonjeras. Al principio, pocas veces tiene apariencia de pecado. Pero aun cuando lo vistamos con frases delicadas, no podremos cambiar nunca su carácter.

La teología liberal y tolerante que se quiere imponer en la actualidad es una plaga moderna que no puede consolar ni a aquellos que la

predican. Tenemos muchísimos profetas falsos en el púlpito, con una gran habilidad para engañar, que procuran absolver el pecado cubriéndolo con el color gris de la ambigüedad. Para ellos, nadie es justo, pero tampoco hay injusto. Todos vamos a ser salvos; Dios nos ama a todos; el pecado sólo es hostilidad u odio contra el prójimo.

Pero estos mismos "silenciadores de pecados" comparten con todos los demás pecadores la misma desazón interior, el mismo sentido de culpabilidad y de corrupción. No tienen en cuenta en sus cálculos la soledad, el vacío y la desolación. Procuran que el pecador viva cómodamente con su pecado, pero no pueden proporcionarle descanso y paz duraderos. No pueden apagar aquella voz interior que sale de lo profundo de su ser, y que exclama: "A pesar de todo, sigues siendo culpable."

El pecado se manifiesta de dos maneras: primero, con la apariencia de algo insignificante e inocente; segundo, como una experiencia aparentemente embriagante, agradable e íntima.

Casi siempre crea una falsa sensación de paz y de "justicia". Dos amantes envueltos en una aventura amorosa ilícita se dicen a sí mismos: "Lo que hacemos no puede ser pecado; ¡me ha dado tanta paz y tanto gozo! Me siento muy satisfecho, más allá de lo que jamás haya experimentado."

Esta falsa sensación de paz hace que el pecador se imagine que no está pecando. En cambio, supone que lo que hace está bien, porque se siente muy satisfecho, y da por sentado que ya no sufrirá más. Pero la satisfacción que provoca el pecado se

fundamenta en una ilusión. Es una falsa libertad fundada en el error. Y cuando la ilusión se esfuma, quedan solamente el sufrimiento y la desesperación. Por esta razón, el pecado lleva siempre a la depresión mental.

El pecado provoca la soberbia. Y la soberbia malogra todo deseo de buscar la verdad y hacer justicia. El resultado final es una arrogancia que desprecia a Dios y a todos los enemigos. Las Sagradas Escrituras nos presentan con claridad el estilo de vida de un pecador soberbio.

• **El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos. . . A todos sus adversarios desprecia. . . Llena de fraude su boca de maldición, y de engaños y fraude; debajo de su lengua hay vejación y maldad. Se sienta en acecho cerca de las aldeas. . . Dice en su corazón: Dios ha olvidado; ha encubierto su rostro; nunca lo verá (Salmo 10:4-11).**

Con frecuencia, los pecadores piensan que están libres de aquellos pecados que en realidad los tienen más encadenados. No pueden reformarse ni convertirse, puesto que no pueden convenirse de su maldad o de su culpabilidad.

Algunos preferirían morir antes que abandonar su sensualidad. Un homosexual me dijo: — Preferiría morir e ir al infierno antes que abandonar mi homosexualidad. No puedo pensar en un cielo sin homosexuales. Vendería mi alma antes que cambiar.

El pecado reina en algunos corazones en forma

tan absoluta, que provoca un autoengaño total. Crea en sus víctimas una confusión tal, que no saben lo que piensan en realidad, o lo que aman u odian, o a qué están esclavizados. Finalmente, ridiculizan a Cristo y apenas si piensan de nuevo en la salvación o la justicia. Oyen tanto acerca de Cristo y saben tan poco de El, porque el pecado destruye en ellos la comprensión de lo espiritual. Su libertad queda reducida a la satisfacción de los deseos personales y les roba la capacidad de servir a Dios.

Sus ideas están tan falseadas por el pecado, que llega el momento en que le temen al cáncer, pero se ríen del infierno. Buscan alivio para un dolor de muelas, y sin embargo, permiten que la caries del pecado corrompa su alma. ¡Qué lástima! ¡Qué locura!

Sólo a medida que transcurre el tiempo, el pecado va revelando su naturaleza cancerosa. El hombre peca, y porque no cae muerto de inmediato, piensa que no corre peligro. Su conciencia cauterizada no le provoca dolor, y el peso del pecado aumenta con tal lentitud, que no se da cuenta del peligro que corre.

El pecado mantiene su dominio sobre el pecador, prometiéndole una libertad más amplia y halagüeña en el futuro.

Al mismo tiempo, tiene su propia ley de gravitación oculta que provoca una atracción automática hacia abajo. A medida que desciende, amplía su esfera de acción. Podríamos decir que el pecado es contagioso y precipita hacia abajo a todo aquel que se relaciona con él.

El pecado se aferra con más desesperación al pecador, cuando éste está oyendo el llamado de Dios, y recurre a toda clase de engaños a fin de no perder el dominio sobre su víctima. Por eso se vuelve muy sutil cuando el Evangelio golpea a la puerta del pecador. No le sugiere: Huye o búrlate. Más bien le gusta sugerirle lo siguiente: ¡Espera! ¡No te apresures! OTRO DIA SERA. Si esto no da resultado, procurará interpretar LA VOZ DEL ESPIRITU, sugiriéndole al hombre interior: — Ríndete a Dios; déjate transformar, pero otro día.

El pecado puede aprisionar a su víctima en la cárcel de la incredulidad y convertirlo en un hombre que odie violentamente a Dios. El hombre totalmente dominado por su pecado, se vuelve un enemigo hostil y amargado de Jesucristo, porque las enseñanzas del Maestro amenazan su estilo de vida.

Otra de sus sutilezas consiste en ofrecer substituir el servicio a Dios por el servicio a la humanidad. La senda que conduce a una vida de dignidad y satisfacción se halla prestándole servicios al prójimo, mediante la recolección de fondos y otras actividades de carácter social en favor de varias causas buenas. Así, una religión de buenas acciones y obras de caridad substituye al verdadero servicio a Dios. La Biblia desenmascara esta religión de buenas obras.

- **Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. . . No por obras, para que nadie se gloríe (Efesios 2:8,9).**

Tanto si los pecados son ocultos, como si son manifiestos, debemos abandonarlos y confesarlos; de lo contrario, Dios no nos podrá ayudar a separarnos de ellos. LA CAUSA DE LA MAYORIA DE LAS AFLICCIONES ES QUE LE DAMOS ALBERGUE EN NUESTRO CORAZON A ALGUN PECADO SECRETO. Este es el que ciega los ojos del alma y la hace languidecer de tal manera, que no puede darse cuenta de su triste situación.

Nadie podrá ser verdadero creyente, hasta que sienta profundo dolor por su pecado. Toda alma que acude a Dios debe admitir que su conducta malvada es "sobremanera pecaminosa".

VERDAD ABSOLUTA #2: NUESTROS PECADOS NOS ESCLAVIZAN

El Señor Jesucristo manifestó con claridad meridiana que todo aquel que comete pecado, se convierte en su esclavo: "De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado" (Juan 8:34).

Tenemos a nuestra disposición la temible facultad de escoger nuestro propio amo y señor. El apóstol Pablo dijo: "¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?" (Romanos 6:16).

Paulatinamente, el pecado secreto arrastra a su víctima a un estado de esclavitud sin esperanzas. Cada vez que cede al pecado, forja un nuevo eslabón de la cadena que lo aherroja. Esto provoca

una especie de "habitación al pecado". Cuando la mente descubre que el cuerpo está esclavizado por un vicio cruel, finge que es incapaz de sobreponerse. "Nací destinado a esta esclavitud", dice. "Dios me hizo así. ¿Cómo puede juzgarme, si no soy responsable de ese magnetismo maléfico que me atrae? He sido siempre así desde mi niñez."

Pero este razonamiento es falso, según la verdad divina. Somos nosotros quienes nos esclavizamos, siguiendo nuestras concupiscencias hasta meternos en un callejón sin salida. Somos seducidos y arrastrados por los apetitos desordenados que están en pie de guerra dentro de nuestro cuerpo.

No es algo natural, porque todos hemos nacido con una voluntad libre para escoger el bien o el mal.

El apóstol Pablo dijo: "Así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia" (Romanos 6:19).

Usted puede rechazar el concepto de que la esclavitud del pecado es un proceso de comportamiento aprendido. Quizá le atribuya su problema a cierto defecto en la personalidad, a la neurosis o a distintas tensiones. Puede estar todo el tiempo diciéndose que no es responsable de su conducta, PERO NUNCA PODRA LIBERTARSE DE SU PECADO HASTA QUE NO HAYA ACEPTADO SU RESPONSABILIDAD PARA TRATAR CON EL. USTED TIENE QUE QUERER LA LIBERTAD.

Si se convence de que el pecado es heredado y

que él no es otra cosa que un pequeño corcho que flota en una poderosa corriente, descubrirá tarde o temprano que se ha entregado a la esclavitud del pecado. ¿Por qué luchar contra un imposible? ¿Por qué buscar un remedio si no hay ninguno? ¿Por qué buscar una cura, cuando no se admite que se esté enfermo?

Este punto de vista fatalista constituye una hábil mentira de Satanás a fin de mantener esclavizado al pecador. No existe la más mínima verdad en ese punto de vista. No hay en todo el mundo un pecado tan grave, que Cristo no pueda curarlo, ni una esclavitud tan arraigada, que El no la pueda romper. Quizá el pecador crea que está encadenado irremisiblemente a un vicio, o al físico hechizo de una mujer o de un hombre, pero Cristo puede derretir esas cadenas como si fuesen cera.

Hace veintidós años fui a los bajos fondos de la ciudad de Nueva York para trabajar entre adictos a las drogas. Los cerebros científicos y religiosos más preclaros de la época afirmaban que los endrogados no podían ser curados de sus vicios. Nelson Rockefeller, que fuera entonces gobernador del estado de Nueva de York, acababa de cumplir un programa de investigación de dos años, que había costado millones de dólares, sin alcanzar ningún resultado positivo. En varias convenciones médicas, oí declaraciones de "expertos" que decían: "No existe cura conocida para el drogadicto. Está atado al vicio, tanto psicológica como fisiológicamente. Lo mejor que podemos

hacer es administrarle metadona como sustituto."

Inicié mi ministerio en una vieja y desvencijada mansión del barrio Brooklyn. Persistía en mi cerebro una idea: "Quizá no puedan ser curados. Quizá existan personas propensas a las drogas, destinadas a vivir toda su vida en la esclavitud."

Todos los drogadictos que venían a nuestra clínica, repetían las palabras de los expertos. Continuamente nos decían: "No hay esperanzas para mí. No puedo hacer nada. Cuando se es narcómano una vez, se es narcómano para toda la vida. Nací para vivir enviciado."

¡Qué mentira tan diabólica era aquélla! Dios nos ayudó a desenmascararla con un promedio documentado de curaciones de un 85 por ciento, y en la actualidad son miles los drogadictos y los alcohólicos que han sido completamente libertados de su esclavitud. La mayoría de ellos no sienten ni siquiera el más leve deseo por aquello que los había esclavizado anteriormente.

Creo que puedo decir lo mismo de la homosexualidad. Hay expertos, aun en el campo religioso, que me dicen que este problema es distinto. Afirman que los homosexuales son así desde su nacimiento. Añaden que es un comportamiento de raíces psicológicas tan profundas, que nada puede cambiar su curso. Tanto las iglesias como los ministros evangélicos están capitulando, y algunos en la actualidad rechazan la posibilidad o la necesidad de una cura. Y sin embargo, hay centenares de homosexuales y lesbianas que están experimentando el poder transformador que cam-

bia sus vidas por medio de Jesucristo. Se está despertando una gran sed espiritual en el corazón de los homosexuales de todo el mundo. Creo que se debe a la obra soberana del Espíritu Santo, que demuestra una vez más que Cristo exige la curación y no la capitulación. Así como el Espíritu ha demostrado que se puede alcanzar la victoria sobre las drogas y el alcoholismo, así también destruirá el mito de que la homosexualidad es incurable.

Usted podrá justificar todo tipo de esclavitud si acepta el engaño diabólico de que Dios le ha hecho una mala jugada y lo ha destinado a ser víctima de toda clase de vejámenes. ¡Qué alivio es culpar a los padres, a Dios, o al destino! ¡Y qué resultados tan devastadores puede provocar ese engaño!

Al convertido lo asedia constantemente la tentación de caer en ese engaño. La batalla está perdida en el momento mismo en que la mente se convence de que no puede hacer nada para resolver el problema. Cuando retornan los viejos deseos de pecado, la presencia maléfica sugiere: "Tu liberación no será definitiva jamás. Cede a lo inevitable, puesto que no puedes cambiar. Como el leopardo, nunca podrás quitarte las manchas. Retorna a la vieja vida; estás perdiendo el tiempo, pues el destino está contra ti. Nacistes en pecado; esa es tu naturaleza, así que deja de luchar. Abandona la lucha y acepta tu naturaleza pecaminosa."

La victoria será posible sólo cuando resplandezca la verdad, clara y definitiva: NO NACI PARA

SER ESCLAVO. ¡PUEDO CAMBIAR MIS VIEJOS HABITOS! ¡EL ESCLAVO PUEDE EMANCIPARSE! ¡SATANAS NO PUEDE OBLIGARME A CULPAR A DIOS POR MI CONDUCTA INSANA! ¡NO SOY UN SER DEFECTUOSO, NI ESTOY IRREMEDIABLEMENTE ENVIADO! ¡APRENDERE A SER LIBRE!

No existen en el vocabulario divino las palabras "desahuciado", "excesivamente involucrado", "demasiado tarde" o "demasiado difícil".

- **Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios (Marcos 10:27).**

VERDAD ABSOLUTA #3: EXISTE UN PLAN QUE FUE HECHO PARA LIBERARNOS

La ley del Antiguo Testamento puso a la humanidad bajo la culpabilidad y la condenación, puesto que aun cuando ponía al descubierto al pecado con toda claridad, carecía de poder para producir obediencia. A ningún ser humano le era posible obedecer todas las leyes y mandamientos de Dios, en todos sus detalles.

El apóstol Pablo dijo lo siguiente: "Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Romanos 3:20).

Supongamos que usted se encontrara por casualidad con un hombre internado en una selva profunda y remota, aislado de todas las fuentes del saber. Está sentado en el suelo, rodeado de

cosas diversas, pero no tiene ni la más remota idea de cómo hacer uso de ellas. Tiene un pedazo de carne cruda, una vasija con agua, una olla con tierra, unas cuantas cadenas de hierro, ropas de cuero y un fuego crepitante.

Cuando tiene sed, toma la olla con tierra y se arroja el contenido en la cara, irritándose los ojos. Cuando tiene hambre, mastica las ropas. Cuando tiene frío, se sienta en el recipiente de agua. Siente dolor en el pecho, y se lo golpea con las cadenas. Cuando está cansado, se acuesta en el fuego. Trata de meterse la carne cruda en el oído, porque le duele.

¿Por qué tormentos pasaría este hombre porque no tiene la más mínima idea de cómo usar aquello que tiene a su disposición? Desconoce los principios del fuego, el dolor, el hambre y la sed. Supongamos que usted se acercara a aquel hombre y le enseñara a cocinar y comer la carne, a emplear las cadenas para acarrear madera para el fuego, a ponerse la ropa cuando hace frío, y a beber el agua para apagar la sed. Desde ese momento, él sabrá que lo que hacía antes estaba errado.

¿Le demostró usted que era un error acostarse en el fuego, con el propósito de someterlo a la esclavitud? ¿Le enseñó todas aquellas cosas para robarle su libre albedrío? ¿Por supuesto que no! Lo hizo para que aquel hombre no se destruyera a sí mismo.

De la misma manera, Dios instituyó sus leyes y mandamientos para nuestro propio bien; no los promulgó para entorpecer nuestro libre albedrío o

coartar nuestra libertad. Esas leyes y mandamientos tienen por objeto enseñarnos la forma correcta de emplear lo que Dios ha creado para nosotros. Las leyes de Dios fueron hechas para señalarnos que si empleamos incorrectamente las cosas que Dios nos ha dado en este mundo, nunca gozaremos de felicidad o de satisfacción, sino que intensificaremos nuestros sufrimientos y continuaremos empleando erróneamente las mismas cosas que estaban destinadas a ayudarnos.

Permítame demostrarle la ineficacia de todo esto, y por qué tuvo que inventarse un nuevo plan. Le puede demostrar al hombre descaminado lo dañina que es su conducta. Le puede enseñar a comportarse en la forma correcta. Pero nadie podrá obligarlo a hacerlo. Quizá prefiera retornar a sus prácticas antiguas de golpearse el pecho con una cadena, echarse tierra en los ojos, o sentarse en el agua fría con el propósito de calentarse, simplemente porque está acostumbrado a hacerlo de esa manera.

Dios tuvo que mandar a Cristo a que muriera en la cruz. Puesto que somos testarudos, seguimos haciendo las cosas de una manera que nos destruye. Dios nos dio la ley para que viéramos con qué necedad nos comportábamos, y para advertirnos las consecuencias, pero nosotros preferimos seguir haciendo las cosas según estábamos acostumbrados. O sea, que la ley no pudo obligarnos a actuar correctamente. La ley fue como una conferencia dictada con la ayuda de ilustraciones, a la que nadie prestó mucha atención.

Por esta misma razón, se trazó un nuevo plan

para salvar a la humanidad del pecado. Una nueva manera tan sencilla, que hasta un niño de corta edad podía entenderla. El nuevo plan consistía en creer, en vez de hacer.

Capítulo 4

EL NUEVO PLAN

- **Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él (Romanos 3:21,22).**

¡Qué situación tan difícil! Todo lo que Dios quería hacer era compartir su amor y hacer a su creación feliz y llena de vida, pero ahora el pecado iba aislando al hombre cada vez más de su amor. Si la humanidad seguía en ese derrotero, hubiese llegado el momento en que nadie querría su amor, y toda la humanidad se hubiese ocultado de su presencia. Pero Dios no podía permitir que eso ocurriera.

El hombre terminó en un dilema sin esperanza. El hombre natural, creado con hambre del amor divino, no podía entender ni percibir ese amor. De manera que se buscaba métodos carnales para satisfacer esa hambre.

Algunos piensan que su hambre se origina en su

estómago. Es así como los alimentos se convierten en su Dios. "Cuyo dios es el vientre", nos dicen las Sagradas Escrituras. Equivocan esa hambre de Dios con el apetito por alimentos y se convierten en glotones. Cuando se sienten consumidos por esa sensación de hambre interior, desconocida y profunda, tratan de satisfacerla con la abundancia de comida. Pero no resulta. No quedan nunca satisfechos.

¡Esa sensación de hambre impulsa a la humanidad al alcoholismo! Unos sondeos hechos recientemente revelan que una abrumadora mayoría de la población ha contraído el hábito de beber. Cuánto más se aleje el hombre del amor de Dios, tanto más bebe. Podrá alejar de sí la sensación de hambre por unas cuantas horas, pero siempre retornará con mayor intensidad.

Otros piensan que su hambre reside en sus lomos. Así desarrollan un apetito sexual insaciable. Los domina el instinto de ser acariciados, tocados, abrazados, amados profundamente. Van de una persona a otra, procurando satisfacer ese anhelo interior profundo. Hay quienes sienten pasión por los hombres; otros, por las mujeres. Por desgracia para todos ellos, el espíritu no está vinculado a los lomos. Por esa razón el sexo no puede producir amor. Sus lomos tienen tantas posibilidades de producir amor como su vientre. Ni las personas casadas legalmente pueden producir amor mediante el sexo. Pueden llevar a cabo el acto sexual con frecuencia, y aún no satisfacer su verdadera necesidad de amor. El amor es un don espiritual y divino, que no es producido por

el sexo. Dos personas que practican el acto sexual pueden ser comparadas a dos personas almorzando. Ambas satisfacen un instinto humano, pero de ninguna manera producen verdadero amor. El acto sexual puede satisfacer transitoriamente el instinto carnal, pero no puede satisfacer el hambre del hombre interior.

Podría decirse de esta generación: ". . .cuyo dios son los lomos " Esta generación, en vez de adorar a Dios y aceptar su amor, busca satisfacer su hambre adorando a su propio cuerpo, y haciendo del sexo su dios. Pero no pasa mucho sin que el hombre descubra que el sexo no puede producir felicidad, gozo duradero o paz.

La perversión no consiste realmente en el acto sexual ilegal; es más bien negarse a recibir el amor de Dios, sustituyéndolo por el amor al propio yo. Es la adoración al cuerpo humano. Es hacer de la carne un ídolo. Y todos los problemas que aquejan al hombre son el resultado de su negativa a reconocer que sus necesidades auténticas son de carácter espiritual y no físico.

Una solución final

Puesto que el hombre era culpable, temía a Dios y se ocultaba de El, Dios resolvió entrar en la raza humana mediante su hijo Jesús. Su labor era muy sencilla: fue enviado a la tierra a fin de hacer que la humanidad retornara a Dios.

- **Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros**

la palabra de la reconciliación (2 Corintios 5:19).

¡Meditemos en esto por unos instantes! Dios estaba en el hombre Jesús, yendo desesperadamente de una parte a otra, tratando de que la humanidad retornara a su glorioso amor. La prueba es sobrecogedora:

- **Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Romanos 5:8).**

Dios, por así decirlo, se cansó de permitir que se siguieran interponiendo obstáculos entre El y el objeto de su amor. Resolvió que nunca jamás habría nada que pudiera separar al hombre de su amor. Y sin embargo, el pecado seguía siendo la única fuerza extraordinaria que separaba de El al hombre. Cada vez que éste pecaba, huía y se ocultaba de El. Lo hicieron Adán, Caín y David, y nosotros seguimos haciéndolo. Pero Dios dijo: "¡BASTA YA!"

Había resuelto poner todos los pecados de la humanidad en su Hijo Jesús, permitiendo que muriera como un convicto culpable, para que todos los demás escaparan impunes. Podría compararse con la conducta de un juez que ordene abrir las cárceles y poner en libertad a todos los presos, escogiendo a una persona inocente para que purgue los delitos de todos los detenidos en las cárceles, cumpliendo una sentencia de muerte. ¿Suena ridículo que una persona pague por los crímenes cometidos por todas las demás? ¡Indudablemente que es ridículo! Pero mediante

un acto de amor que denominamos GRACIA, Dios hizo precisamente eso.

Dios decidió perdonar los pecados de todo el mundo. Cristo fue crucificado y resucitó; entonces Dios dijo: "He cumplido mi plan. El hombre puede retornar ahora a mi amor, porque lo he perdonado por decisión propia. Lo absuelvo de su culpabilidad; nada tengo contra él. El pecado no podrá interponerse más."

¿Perdonado? ¿De adulterio? ¿De homosexualidad? ¿De asesinato? ¿De violación? ¿De incesto? ¿De adicción a las drogas? ¿De alcoholismo? ¿De robo? ¿De juegos al azar? ¿De sensualidad? ¿De cualquiera de los demás pecados conocidos por el hombre? ¡Sí, definitivamente! ¡El perdón total sin que nadie tenga que trabajar para ganárselo! Es un don de Dios hecho posible por la muerte de Cristo, y recibido por fe.

Alguien le formuló la siguiente pregunta al Señor Jesucristo: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" En otras palabras: "¿Qué parte debo desempeñar en este plan destinado a ayudarme? ¿Hay alguna trampa? ¿Cómo puedo disfrutar de esa libertad con respecto al pecado y la culpa?"

El Señor Jesús le respondió con una sola palabra: "¡Cree!"

Seguramente ha oído muchas veces esta expresión: **Cree y serás salvo.** ¿Pero qué significa?

Creer significa aceptar como cierto algo que ha oído.

La fe es algo que usted hace con respecto a lo que sabe.

Por ejemplo, el administrador de una cárcel

llama a uno de los presos, le enseña una carta con el sello oficial y le dice: —¡Tengo en mis manos su indulto! ¿Lo cree?

El preso mueve afirmativamente la cabeza y le dice: —Sí, lo creo.

El administrador abre la carta y lee el indulto en voz alta. Luego se vuelve al preso y le dice: — Es usted libre. Puede irse cuando quiera.

El pobre preso decepcionado estrecha la mano del administrador, le da las gracias, y ¡SE VUELVE A SU CELDA Y A SUS VIEJOS AMIGOS DE LA CARCEL!

Escuchó todo lo que se le dijo; lo creyó palabra por palabra; hasta procedió con urbanidad y le dio las gracias. Pero si hubiese tenido fe en lo que se le dijo, hubiese salido de la oficina del administrador para reintegrarse a la sociedad de los hombres libres, sin mirar para atrás siquiera.

Hasta los demonios "creen" en Dios y tiemblan en su presencia. Usted no podrá cambiar si sólo da un consentimiento pasivo a la Palabra. No puede decir: "Seguro, lo oigo y entiendo", y luego retornar al pecado sin hacer algo sobre lo que sabe que es la verdad. Dios nos hace responsables de lo que hacemos con respecto a lo que oímos.

- **Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Santiago 2:26).**

Capítulo 5

USTED TIENE DERECHO

A SER LIBRE

- **Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan 8:32).**

La humanidad no tiene ningún derecho más importante que EL DE SER LIBRE DEL PODER DEL PECADO. La licencia para pecar a voluntad no es libertad, sino que lleva a una exigente esclavitud.

La libertad que nos ofrece Cristo es la rotura de todas las cadenas de pecado que nos esclavizan, y la apertura de las puertas de las cárceles en las cuales nos tenían aprisionados nuestros malos hábitos. Sugerir que cualquier pecado que domine nuestra vida pueda ser aceptable a Dios, equivale a acusarlo de cruel negligencia y falta de solicitud. ¿Qué padre amoroso podría aceptar que su hijo viviese encadenado por el pecado, y usado como esclavo?

¿Puede el creyente seguir entregándose a pasiones secretas, y disfrutando del favor de Dios? Mi respuesta es la siguiente: ¿Por qué habría de hacerlo? Es como preguntar: "¿Puede el hombre sentirse en óptimas condiciones encadenado en una cárcel?" ¿Por qué habría de preferir un preso vivir encerrado en la cárcel, cuando el juez se halla junto a la puerta abierta, ofreciéndole la libertad? De nada nos vale condenar el pecado

sexual como algo abominable, contra naturaleza, o como una perversión o una corrupción. Estos son solamente los efectos secundarios del verdadero problema: LA ESCLAVITUD.

La Biblia nos dice que LA VERDAD PONE EN LIBERTAD AL HOMBRE. El Señor Jesucristo murió para proporcionarnos esa libertad, y no va a permitir que el hombre haga de ese sacrificio un objeto de escarnio. No me interesa para nada el antiquísimo argumento de cuál era el pecado de Sodoma, o las especulaciones de carácter teológico con respecto a lo que la Biblia dice o calla sobre la homosexualidad, el alcoholismo, la adicción a las drogas o cualquier otro hábito que domine la vida del hombre. ¡Todo lo que sé es que cuando el hombre acepta la verdad de Cristo, esa verdad le devuelve la libertad! Y a fin de que el hombre no diga que la libertad cristiana es el derecho de pecar a voluntad, Dios define con toda claridad lo que es realmente.

- **Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que viven según la carne NO PUEDEN AGRADAR A DIOS (Romanos 8:7,8).**

Un nuevo amor

Es imposible quitarse de encima un problema que haya dominado nuestra vida, sin poner algo en su lugar. El pecado no desaparecerá porque haya sido descubierto; el temor no puede desalojarlo; no se destruirá a sí mismo. No es cierto que

exista eso de separarse con facilidad de un viejo hábito.

Se requiere más que un simple acto de renuncia. Se necesita algo más que una emoción de dolor de corazón de una noche o un día de fiesta. Requiere algo más que un arrepentimiento teatral y superficial. El corazón no consentirá que se le robe un afecto, sin que otro ocupe el lugar que ha dejado vacío. No consentirá en ser privado de un amor, a menos que otro amor mayor lo reemplace.

El corazón del hombre se rebela ante la idea de quedar vacío; no puede soportar que lo dejen en un estado de desolación o de triste vacío. La naturaleza misma odia el vacío, de manera que tratar de desalojar cualquier afecto del corazón, dejándolo desmantelado, es una empresa sin esperanzas. El corazón humano debe abrazar algún gran afecto. Necesita tener algo a que aferrarse, a que asirse.

Todo aquel que procura desarraigar de su corazón algún afecto o pecado agradable, sin colocar algo en su lugar, está jugando con una situación desastrosa.

El último estado de ese hombre podría ser peor que el primero, dado que una legión de demonios podría llenar aquel vacío.

El Señor Jesucristo no es ningún "extirpador de pecados" que ande de una parte para otra extirpando los hábitos y los placeres de los pecadores, y dejándolos limpios, pero vacíos. Dios no le quita nada a nadie; sencillamente, le ofrece algo mucho mejor. Dios no fabrica vacíos, sino que los llena. Tenemos una idea equivocada de El. Acudimos a

El pidiéndole que nos quite cosas del corazón, en lugar de pedirle que inunde nuestra alma con el poderoso torrente de su amor y nos dé algo mucho mayor.

El amor de Dios y el amor de este mundo son dos clases distintas de afectos; no son solamente rivales, sino verdaderos enemigos. No pueden residir en el mismo corazón. Pero el amor de Dios es tan pederoso, tan intenso, que subordina a todos los demás. Si los otros afectos no se rinden, El los desaloja.

Cuando aceptamos nuestra adopción en la familia de Dios por la fe en Jesucristo, el Señor pone nuestro corazón bajo el dominio de un afecto grande y glorioso, libertándonos así de la tiranía de los viejos afectos.

Usted no será libre hasta que no haya decidido poseer este afecto por las cosas de arriba. No permita nunca que la incredulidad empañe su visión del maravilloso amor de Dios. La mejor manera de desalojar nuestros afectos impuros es pedirle a Dios que ponga en nuestro corazón un afecto puro.

Capítulo 6

LIBRE PARA ESCOGER

Arribamos ahora a la parte fundamental, el corazón mismo de este libro.

La fe en Jesucristo como mi Señor, ¿hará desaparecer de mi corazón los malos deseos? ¿Ya no seré tentado nunca más? Si me arrepiento y le rindo a Cristo mi vida por fe, ¿me cambiará? Las pasiones que me sujetan con mano de hierro, ¿quedarán dominadas? ¿Cómo puedo conseguir poder para resistir la tentación? ¿Puedo en realidad convertirme en un nuevo ser?

En primer lugar, permítame mostrarle lo que nos dice la Biblia sobre la materia.

1. LA FE EN CRISTO EXPULSA A LA NATURALEZA PECADORA.

• Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia (Romanos 8:10).

2. CRISTO NOS AYUDA A MATAR LOS MALOS INSTINTOS.

• Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis (Romanos 8:13).

3. CRISTO QUEBRANTA LA TIRANIA DEL PECADO DE UNA VEZ POR TODAS.

• Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue

crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado (Romanos 6:6,7).

Ahora nos hallamos frente a la pregunta por excelencia, la que ha desconcertado a los creyentes que aman a Dios, desde el apóstol Pablo hasta nuestros días. Es la pregunta que persigue a aquellos que renunciaron al camino cristiano, porque aparentemente no rompía las cadenas que los encadenaban al pecado. Si Cristo hace que el creyente muera al pecado; si el nervio de sus instintos malvados es cercenado, si aplasta su mala naturaleza, ¿por qué se siguen manifestando en su vida los malos deseos? ¿Por qué sigue habiendo en su cuerpo una mala presencia? ¿Por qué puede realizar aún cosas pecaminosas como cualquier otro pecador? ¿Por qué hay que ser creyente, si esto no quebranta el poder del pecado?

En efecto, los creyentes descubren que retornan los antiguos deseos de la carne, y se ven obligados a decir con el apóstol Pablo:

• Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena (Romanos 7:15,16).

• Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí (Romanos 7:20).

- **Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros... ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?... Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, MAS CON LA CARNE A LA LEY DEL PECADO (Romanos 7:22-25).**

El apóstol Pablo no se refería aquí a una experiencia vivida antes de aceptar a Cristo, porque afirma: "Me deleito en la ley de Dios." También habla de su "nueva vida", que le dice que haga el bien. No es éste el testimonio de un pecador. Pablo, en cierta época de su vida posterior a su conversión, libró esta batalla, y nos revela su lucha interna. Así ha sido la lucha personal de todo creyente sincero.

Es casi como si hablara en doble sentido. Aparentemente, los creyentes no se hallan en mejores condiciones que los pecadores. Al parecer, la batalla nunca cesa. **¡Pero no es así!** Existe una explicación en la que se demuestra que el poder del pecado ha sido destruido. El apóstol Pablo dijo:

- **¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. (Romanos 7:25).**

¿Qué descubrimiento hizo Pablo que lo inspiró a regocijarse y decir: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús"

(Romanos 8:1)? ¿Qué gran descubrimiento hizo que dejara de decir: "Quiero hacer lo recto, pero no puedo"? ¿Cómo resolvió Pablo este dilema?

El apóstol nos habla de **UN NUEVO PRINCIPIO DE LIBERTAD**. Este nuevo principio de libertad por medio de Jesucristo hizo detener verdaderamente la rueda sin fin del pecado, lo sacó de aquel viaje interminable, y lo libertó de una vez por todas de su poder.

Expresado sencillamente, he aquí cómo funciona este **PRINCIPIO DE LIBERTAD**. En él están involucradas tres grandes verdades.

I. LOS CREYENTES YA NO SON ESCLAVOS DEL PECADO

- **Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne (Romanos 8:12).**

Se dice de Abraham Lincoln que puso en libertad a los esclavos mediante su **Proclama de Emancipación**. Este documento legal declaró el cese de la esclavitud. Todos los esclavos fueron puestos en libertad.

Cuando esta noticia se esparció por primera vez a través de los campos de cultivo del Sur de los Estados Unidos, muchos de los esclavos no quisieron creerla. Continuaron prestándoles servicios de esclavos a sus amos, convencidos de que aquella promesa de libertad era un engaño. Muchos terratenientes sin escrúpulos les dijeron a sus esclavos que la noticia era un rumor falso, manteniéndolos así bajo esclavitud. Pero poco a poco, la verdad fue ganando terreno, cuando vieron a muchos antiguos esclavos moverse de un

lado para otro, aprovechando su nueva libertad. Uno a uno, se fueron deshaciendo de sus cargas, volvieron la espalda a la esclavitud, y se marcharon para iniciar una nueva vida de libertad.

Quizá usted no lo sepa todavía, o tal vez le parezca un sueño tan glorioso que le cueste creerlo, pero lo cierto es que Cristo emancipó a todos los que eran esclavos del pecado, mediante su sacrificio en el Calvario. ¡Usted puede ahora “marcharse” al diablo! Puede deshacerse de su carga de pecado, liberarse del dominio de Satanás, e iniciar una nueva vida de libertad.

Permítame mostrarle lo que quiere decir la Biblia cuando habla de morir al pecado. Cuando el presidente Lincoln emancipó a los esclavos, fue el problema de la esclavitud, el que murió. No fue el amo, ni tampoco el esclavo. El esclavo podía ahora abandonar la casa de su amo, diciéndose a sí mismo: LA ESCLAVITUD ES UN ASUNTO EXTINTO. SE MURIO EL VIEJO ESCLAVO QUE HABIA EN MI. SOY LIBRE.

Cuando el hombre recibe a Cristo como su Señor, ¿qué es lo que muere en él? No muere el pecado, ni tampoco Satanás, ni las malas tendencias. Lo que muere es el “problema” en sí. El pecado creó un problema en el corazón del hombre, una controversia sobre quién iba a ejercer el control, y el resultado fue la batalla entre el bien y el mal. Dios simplemente emancipó la mente del control de pecado, eliminando la controversia de la esclavitud del mal.

Cuando la Biblia nos dice que “morimos al pecado”, significa sencillamente que para noso-

tros ¡LA CUESTION ESTA MUERTA! No hay más que discutir ¡NO HAY ARREGLO POSIBLE — LA HUMANIDAD FUE EMANCIPADA EN EL CALVARIO! ¡La cuestión sobre quién ejerce el control está muerta!

La Biblia dice: “. . . Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. . . Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Romanos 6:7,8).

Lo que significa es sencillamente lo siguiente: Puesto que la cuestión de la esclavitud del pecado es un asunto muerto, ya que Cristo lo ha declarado ya emancipado, usted goza ahora de la libertad de vivir como una nueva persona en Cristo. En otras palabras, usted ha muerto a la esclavitud; entonces, ¿por qué volver adonde está el diablo y “recoger algodón” para él?

Ahora bien, el esclavo puede volverse al campo y recoger un poco más de “algodón” — quizá por temor o por instinto — pero eso no hace de ninguna manera que sea esclavo de nuevo. Era libre, pero tenía que poner en práctica esa libertad. La proclama no obligaba al esclavo a obedecerla, como tampoco podía el amo obligar al esclavo a regresar a la esclavitud. Era el esclavo quien tenía que hacer uso de su **voluntad**.

Cristo no puede obligar al hombre a que haga nada bueno, ni Satanás puede obligarlo a que haga nada malo. Cristo declara que somos libres por fe, pero debemos proceder como seres libres.

Hace mucho tiempo, en los tribunales infernales, Satanás promulgó una ley según la cual, como príncipe del mundo, todos los seres vivientes eran

sus súbditos. La suprema corte de justicia de Dios **ABROGO ESA LEY DEL PECADO**. Esa ley caducó porque Satanás no podía volverla a poner en vigor. Dios la declaró inconstitucional y la sustituyó por su propia ley **LA LEY DEL ESPIRITU**, que le otorga todos los derechos sobre el cuerpo del creyente.

Después de años de esfuerzos por entender lo que el apóstol Pablo quiso decir cuando decía **MUERTO AL PECADO**, veo ahora qué sencillo es todo esto. El pecado no muere; ¡sólo es la **ESCLAVITUD** al pecado la que muere! El poder del pecado sobre mí es el que muere. De manera que ahora no tengo que andar buscando la manera de morir, o luchar para sentirme muerto. Nada muere en mí sino tan sólo la ley que me tenía bajo el control del pecado. El pecado está aún presente en mí, pero ya no estoy bajo su dominio.

Pensemos en la liberación del pecado como una anulación. El Señor Jesucristo presenta al creyente ante su Padre, que es el Juez, y consigue que la relación del hombre con el pecado sea anulada, para poder recibir al creyente como su propia esposa. El Señor Jesucristo nos amó cuando aún vivíamos en el pecado; murió para demostrarnos ese amor; y ese sacrificio le dio el derecho de anular la demanda que el pecado tenía puesta sobre nosotros.

Esta anulación hace que estemos muertos a las demandas de la vieja relación pecaminosa, pero no impide que el viejo amante ilícito venga para acosarnos, seducirnos o presentar nuevas exigencias. Satanás nunca acepta tal anulación sin lu-

char. Se presentará con amenazas, con ofertas tentadoras, con contempORIZACIONES. Pero en el aspecto legal, ya no tiene derecho alguno sobre el creyente. El apóstol Pablo escribió: "Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra" (Romanos 7:6).

Ningún creyente puede decir ahora: — No puedo remediarlo. Me es imposible librarme de mi pecado. El apóstol Pablo llegó a abandonar finalmente esta forma de expresarse, ¡y así debemos hacerlo nosotros! Satanás no puede obligarlo ahora a que peque; pero su vieja naturaleza puede intentar levantarse de nuevo. Si Cristo no rompió las cadenas del pecado, su crucifixión sólo fue un engaño.

Seguirá siendo siempre esclavo del pecado hasta que deje de disculparse por sus debilidades, y de decir que su situación es irremediable. Si es hijo de Dios, su situación no es irremediable. Usted ha dejado de ser un pelele al servicio de los antojos del diablo, de manera que disciplínese y controle su porfiada y turbulenta voluntad. El creyente que dice "No puedo", en realidad está diciendo "No quiero". La coartada que los creyentes usan para no tener que enfrentarse con la responsabilidad de ser libres, es fingir que aún son esclavos.

- **Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción por**

el cual clamamos: ¡Abba, Padre! (Romanos 8:15).

- Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud (Gálatas 5:1).

II. LA LIBERACION DE LA ESCLAVITUD DEL PECADO DEBE SER ACEPTADA POR FE.

- Por tanto, es por fe, para que sea por gracia (Romanos 4:16).

He expresado ya en este libro que la fe es algo que hacemos con respecto a lo que sabemos. Los conocimientos nada significan a menos que los pongamos en práctica.

Los hijos de Israel recibieron las buenas nuevas de que Dios les había dado la tierra de Canaán por patria. Esa información nada hubiera significado para ellos si se hubiesen quedado en Egipto como esclavos. Pero la Biblia nos dice: "Por la fe dejó a Egipto. . . Por la fe pasaron el Mar Rojo" (Hebreos 11:27-31).

Los israelitas no avanzaron hasta las fronteras mismas de Canaán, arrojaron una andanada de flechas, y esperaron a que todos los ejércitos enemigos cayeran muertos. Aquella tierra les pertenecía, pero para poseerla tenían que luchar.

¿Qué tiene que ver todo esto con el esfuerzo mío de alcanzar la victoria sobre el poder del pecado? ¡Mucho! Cristo resolvió la cuestión de la esclavitud del pecado, declarándome emancipado de su dominio, pero yo debo creer hasta el punto de hacer algo al respecto.

No es suficiente afirmar: —Sí, creo que el Señor Jesucristo perdona mis pecados. Creo que es mi Señor. Sé que puede romper las cadenas del pecado en mi vida. Lo que se hace así es simplemente consentir mentalmente a lo que se ha oído. Pero la fe significa creer firmemente la promesa de libertad, y proceder según esa creencia.

¿De qué manera debe actuar? Apartándose de los viejos amigos que lo arrastran por el lodo del pecado. Convenciéndose de que la libertad es suya realmente. ¡Reclamándola para sí! Dios le dijo que era libre; por tanto, compórtese según esa creencia. Arroje de sí esa conducta pasiva, e iníciase en su nueva vida de paz y libertad con decisión y confianza.

Hágale frente a la realidad. Todos los demás métodos para hallar la paz y la libertad han fracasado. Sin duda, usted ha derramado un mar de lágrimas; ha hecho miles de promesas que después rompió con el tiempo; procuró dominarse, negarse a sí mismo y varios programas de autoayuda. Después de todos sus esfuerzos, seguía teniendo anhelos incumplidos que no podía entender. Descubrió que no podía dejar de pecar. A veces, se sentía impulsado al pecado por el hastío de la vida y los estados depresivos.

La dificultad consiste en que no ha hallado la raíz de su problema todavía. Quizá haya oído que Cristo lo emancipó muriendo en la cruz, pero nunca jamás disfrutará de libertad hasta que no le haya dado a Dios lo que El le pide: UNA MENTE QUE CONFIE EN EL. Dios quiere que usted crea que sus oraciones son oídas y serán contestadas.

- **Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardoador de los que le buscan. . . (Hebreos 11:6).**

La fe consiste sencillamente en creer en la Palabra de Dios y proceder según esa creencia. El verdadero creyente es el que puede decir: "Dios lo dijo; por lo tanto lo creo. Arriesgaré mi vida, mi futuro y mi vida eterna, fundamentándome en la Palabra de Dios. Si El ha decretado que soy una persona libre; si me dice que el pecado ya no tiene poder sobre mi vida; si me dice que mi fe en El hace todas estas cosas posibles, **ACEPTO LO QUE ME DICE, RENUNCIO A MI LUCHA ESTERIL Y ME RINDO COMPLETAMENTE A EL. ¡SI, YO CREO!**"

III. LOS CREYENTES RECIBEN AYUDA SOBRENATURAL EN SUS HORAS DE TENTACION.

- **No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar (1 Corintios 10:13).**

Esta es la promesa más profunda y animadora de toda la Biblia para los creyentes que tienen que hacerle frente a la tentación. Dios dice con toda claridad que ninguno de sus hijos es abandonado en la batalla contra la sensualidad, las pasiones o cualquier hábito de los que esclavizan. El hombre necesita ayuda sobrenatural y Dios se la provee.

Los creyentes de todo el mundo se sienten débiles ante la tentación y ceden a la carne en un número cada vez más creciente. Parece que algunos creyentes piensan que la tentación es un mal incurable que no cede hasta que destruye a sus víctimas. Se encogen de temor cuando la tentación los ataca, pensando: "¡Oh, no! Me tiene de nuevo en sus garras y sé que me daré por vencido. No tengo fuerza de voluntad; soy tan débil que no puedo resistir."

Esta es la actitud derrotista de los creyentes que no saben cómo reclamar para sí su DERECHO a recibir ayuda. ¿Cuál es este DERECHO prometido a todos los creyentes? **ES EL DERECHO QUE TENEMOS DE RECIBIR AYUDA SOBRENATURAL EN LA TENTACION.**

¿Quiero decir con esto que el Señor Jesucristo no sólo libera al creyente del poder del pecado, sino que también lo protege a fin de que no retorne a su vieja vida? Esto es exactamente lo que nos dice la Biblia.

Cuando la tentación desciende sobre nosotros como un aluvión, el Señor Jesucristo ejerce su señorío y pone en vigor su poder sobrenatural para combatirla. El construye un camino de escape, a fin de que los creyentes puedan sobrevivir la prueba, o en otras palabras, soportarla.

La tentación es una prueba para el libre albedrío del hombre; por lo tanto, Dios no puede suprimir la posibilidad de pecar, sin destruir ese mismo libre albedrío. De manera que recurre a otro método muy eficaz para todos aquellos que en El confían. Hace algo con respecto al OBJETO DE LA

PASION. En efecto, opera fuera de nosotros, en el origen mismo de la tentación.

La mejor manera de ilustrar esta verdad sería presentar a una madre que toma medidas a fin de resolver la tentación que tiene su hijo de robar golosinas de la bombonera. Sencillamente, no puede quitarle la tentación, de manera que pone la bombonera fuera su alcance.

Es también lo que hace un padre que muda a su familia de un barrio donde impera el comercio de drogas, con la esperanza de impedir que sus hijos sean seducidos por los adictos a las drogas y los traficantes. Hasta hay padres que se han trasladado a un nuevo continente, a fin de alejar a sus hijos de la influencia corruptora de los amigos.

Todos estos padres procedieron inspirados por su amor, esperando que su actuación les daría tiempo a sus hijos para aprender la obediencia de corazón. Aunque llegará el momento en que el niño tenga que decidir por sí mismo, un padre amoroso no puede permanecer indiferente, permitiendo que su hijo que no ha llegado aún a la madurez sea atrapado por alguna influencia mala. El padre solícito, o bien alejará a su hijo de la tentación, o hará algo para ponerla fuera de su alcance.

Las Sagradas Escrituras presentan las formas en que Dios pone los objetos de tentación fuera del alcance de sus hijos. Por ejemplo, el pueblo de Israel comenzó a murmurar contra Moisés por haberlo sacado de Egipto. Quería volver a su vieja vida. La libertad le parecía demasiado costosa. Dios hizo que las aguas del mar Rojo se separaran,

y permitió al ejército egipcio que persiguiera a los israelitas a través de tierra seca, y luego las hizo volver a su sitio, bloqueando toda posibilidad de retorno. Este milagro lo hizo en respuesta a las fervientes oraciones de Moisés y de otros israelitas que deseaban la libertad.

Así como lo hizo el Señor Jesús, los creyentes deben resistir a la tentación con la Palabra de Dios. La mayor parte de las tentaciones pueden ser contrarrestadas si concentramos sobre ellas los rayos destructores de la verdad. Pero hay otras tentaciones que están tan profundamente arraigadas, y son tan intensas y tenaces, que no pueden ser soportadas sin una intervención sobrenatural. Las tentaciones más graves son con frecuencia el resultado de un ataque directo y personal de los poderes demoníacos.

El apóstol Pablo afirma que ha tenido "de fuera, conflictos; de dentro, temores" (2 Corintios 7:5). Satanás les declara una verdadera guerra a ciertos convertidos que son desertores de su ejército, porque otrora fueron los mejores ejemplos del poder diabólico que el enemigo ejerce sobre el hombre. Encolerizado por haber perdido colaboradores tan "valiosos", lucha encarnizadamente contra ellos desde fuera, atacándolos con tentaciones fuertes y continuas, y zarandeándolos como si fueran trigo. Jesús le dijo a Pedro: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo" (Lucas 22:31). En otras palabras, Satanás espera que el creyente, cuando sea vapuleado, cederá a la tentación.

¿Es usted uno de esos creyentes que reciben los

golpes continuos de tentaciones que al parecer no tiene fuerzas para resistir? ¿Se trata de un hábito que no puede dominar? Aquellos que están involucrados en amores secretos e ilícitos se hallan especialmente abrumados por violentas tentaciones. Con frecuencia, se rinden a la tentación y descienden al abismo del remordimiento, la culpabilidad, y la desesperación. Si son creyentes, no dudan de que Cristo ya los ha liberado de la obligación de obedecer los apetitos de la carne. Y, en muchas esferas de su vida, han experimentado progreso y victoria. Sin embargo, quedan vestigios de un pecado dominante, de una tentación sobrecogedora que los impulsa a ceder ante determinada pasión.

¡Gracias a Dios, hay una vía de escape! Dios es el "milagroso interventor". Fueron necesarios una tormenta, un gran pez y mucha intervención sobrenatural para sacar a Jonás de su apuro. Sabemos que Dios convirtió en "amargas" las aguas e hizo que el maná se descompusiera, con el propósito de que la obediencia fuese menos difícil.

Dios, en respuesta a una oración ferviente, puede hacer que el objeto o la cosa que provoca la pasión, se le haga tan abominable, que ceder al pecado se convierta en algo muy amargo, y usted vacile en ceder de nuevo. El puede obligarlo a desviarse de su camino; puede quitar gente del ambiente en que se desenvuelve; puede hacer que el objeto de su pasión se vuelva contra usted; puede colocar en su camino toda clase de barricadas; también puede "cercarlo", como a Job; puede

atraerlo en forma irresistible a la intimidad de la oración; tal vez envíe a alguien que lo advierta o lo reprenda, pero de una manera sobrenatural u otra, responderá a su oración e intervendrá, haciéndole posible superar las más violentas tentaciones.

Aquellos que en su fuero interno no desean abandonar las pasiones, y que secretamente esperan seguir disfrutándolas, no podrán beneficiarse con esta milagrosa intervención cuando sean tentados. Dios interviene para proporcionarle al hombre una vía de escape, solamente cuando el corazón está profundamente consagrado a una vida de separación y pureza.

Si no existe tal consagración, no resultará. Dios no está obligado a intervenir cuando alguien no desea en realidad su liberación.

Aquellos que juegan con pecados secretos, tienen que luchar contra la tentación mediante sus propias fuerzas. Y luego, cuando ceden al pecado, culpan a Dios por no "haberlos sacado de la dificultad". Afirman: "Esperé en Dios, pero El me dejó que pecara."

Pero el creyente que con toda sinceridad desea liberarse de la esclavitud del pecado, puede tener la seguridad de que su Padre amoroso ve la lucha y empleará todo el poder de que dispone el cielo para ayudarlo.

Cuando esté severamente tentado, pídale a Dios que intervenga en forma sobrenatural; pida en fe, creyendo que El lo hará.

Dios ha prometido "LIBRARNOS DEL MAL". Aquí están las pruebas de que El nos ayuda en épocas de tentación:

- Los que amáis a Jehová, aborreced el mal; El guarda las almas de sus santos; De mano de los impíos los libra. (Salmo 97:10).
- Nuestra alma escapó cual ave del lazo de los cazadores; Se rompió el lazo y escapamos nosotros (Salmo 124:7).
- Mis ojos están siempre hacia Jehová, porque él sacará mis pies de la red. (Salmo 25:15).
- Y temerán desde el occidente el nombre de Jehová, y desde el nacimiento del sol su gloria; porque vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él (Isaías 59:19).

Ya no necesito tener miedo de resbalar o de caer. Dios me guardará, me amará, y me llevará a la gloria con su poder.

- Aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría (Judas 24).

Capítulo 7

COMO PONER FIN A SU LUCHA

Un dirigente de la Coalición Homosexual de San Francisco escribió lo siguiente respecto al autor de este libro: "El señor Wilkerson es un fanático que se interesa de manera extraña por las preferencias sexuales, privadas y personales de los demás. Es un reaccionario de mente cerrada, y lo más risible de su conducta es que tiene la ridícula idea de que los homosexuales quieren dejar de serlo, porque tienen un yo 'malvado' dentro de sí, que los impulsa a cometer actos impuros. Yo soy un homosexual muy feliz, sin remordimientos y sin la influencia de ese yo 'malvado' que atormenta mi paz interior. La gente que siente culpabilidad no es gente estable, y tendrá problemas, ya sea homosexual o no. Sólo los totalmente flojos e inestables hablan de la llamada 'sanidad'."

Siento profunda lástima por el pecador que ha dejado de admitir que se libra en su interior un conflicto con el mal. Ha dejado de luchar, porque se ha rendido a las malas pasiones. Al hacer referencia a esas personas, las Escrituras nos dicen que están "muertos en sus delitos y pecados". Pablo dijo de ellos:

- Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que an-

dan en la VANIDAD DE SU MENTE, teniendo el entendimiento entenebrecido, AJENOS DE LA VIDA DE DIOS POR LA IGNORANCIA QUE EN ELLOS HAY, POR LA DUREZA DE SU CORAZON; LOS CUALES, DESPUES QUE PERDIERON TODA SENSIBILIDAD, SE ENTREGARON A LA LASCIVIA PARA COMETER CON AVIDEZ TODA CLASE DE IMPUREZA (Efesios 4:17-19).

La persona por la que Dios se interesa es aquella que lucha heroicamente contra su sombra maléfica y que siente dolor y culpabilidad después de haber cedido a la tentación. La lucha misma contra el pecado es prueba suficiente de que el corazón aún clama a Dios pidiendo ayuda. Todavía hay esperanzas para aquel que libra aún una batalla interna. La lucha contra el pecado en la vida de una persona sincera, es prueba de que dicha persona se niega a ceder al poder del mal. La diferencia entre el pecador y el creyente consiste en la forma en que miran el pecado. El creyente odia su propio pecado; el pecador lo disculpa y justifica.

Dios les promete su ayuda sobrenatural a aquellos que se agitan en el profundo y oscuro vientre del mal, luchando por ser libres. Y la señal más segura de que el pecador ha recibido nueva vida, es la URGENCIA DE LLORAR. Todo bebé llora después de haber nacido. Aquellos que lloran, están en realidad en los umbrales mismos de una nueva vida.

El primer paso hacia la finalización de su lucha interior es aprender a llorar. ¿Está cansado de todo ese vacío en su corazón, de la soledad, de la desesperación, de la inquietud? Si es así, deje que sus lágrimas corran libremente. Mediante el llanto, librese de esa desesperación que tenía encerrada en su corazón. Humíllese, y deje que las heridas y el dolor provocados por el pecado broten de lo más profundo de su ser. La Biblia nos insta a clamar a Dios en la hora de aflicción. El clamor de la desesperación es la clave para alcanzar la libertad del pecado.

He aquí pruebas bíblicas sobre lo dicho:

- **En mi angustia invoqué a Jehová, y CLAME a mi Dios. El oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó delante de él, a sus oídos (Salmo 18:6).**
- **Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias (Salmo 34:6).**
- **Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi CLAMOR. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos (Salmo 40:1,2).**
- **En tiempo aceptable te he oído, en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación (2 Corintios 6:2).**

El segundo paso es cultivar un sentimiento de pesar por sus pecados y confesárselos a Cristo. Cuando usted clama a Dios pidiéndole ayuda, El

se le acerca con su sobrecogedora santidad y con su amor. Usted sabrá sin duda alguna, que Dios y usted están estrechando los vínculos de amor. Su santa presencia, al manifestarse con más fuerza en su vida, producirá una gran pena y un dolor por todos los pecados, el egoísmo y la soberbia de que haya sido culpable. Cuanto más se acerque a Dios, tanto más sentirá el dolor y la culpabilidad por pecados pasados. Pero ese sentido de culpabilidad y de dolor es algo maravilloso; no trate de huir de él. Deje que esos sentimientos se intensifiquen, puesto que esta es la única senda que conduce al verdadero arrepentimiento y al perdón. Las Escrituras nos dicen:

- **Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto (2 Corintios 7:10,11).**

Un corazón que siente verdadero arrepentimiento, quiere ser perdonado. El apóstol Pablo dijo: "Fuisteis contristados para arrepentimiento" (2 Corintios 7:9). En otras palabras: "Sentisteis tal tristeza que confesasteis y abandonasteis vuestros pecados". En el momento mismo de abandonar sus pecados y aceptar el perdón y la misericordia

de Dios, descubrirá una paz que nunca creyó posible.

- **El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia (Proverbios 28:13).**
- **Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados (Hechos 3:19).**

El arrepentimiento es algo más que decir simplemente: "Dios mío, lo siento. Me dan mucha pena todas las cosas malas que he hecho."

Eso es pesar, pero no arrepentimiento. Cuando Dios nos dice que nos arrepintamos de nuestros pecados, nos quiere decir lo siguiente: "Vuélvele la espalda al pecado. Aprende a odiar lo que antes amabas y a amar las cosas que antes odiabas. Eso equivale a virar en redondo; estar dispuesto a apartarse de los viejos amigos y los malos hábitos, a fin de abrazar una nueva vida en Cristo. Dios no procura cambiarte para que simplemente te adaptes a los valores sociales de los demás, sino más bien para que experimentes el gozo completo y la libertad indescriptible que conocen solamente aquellos que se rinden a Cristo. La conquista de nosotros mismos es posible sólo cuando nos rendimos a Cristo y nos entregamos a El. Tenemos que "cedernos" ante El.

- **Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lucas 14:33).**

A continuación, acepte el perdón por fe y cierre

sus oídos a todas las mentiras de Satanás. Estudie los siguientes pasajes bíblicos; crea firmemente que fueron escritos para usted y haga lo que Dios le pide. He aquí la verdad que lo libertará y lo ayudará a ponerle fin para siempre a su lucha.

- Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).
- Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios (1 Juan 4:15).
- Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado. Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo (Romanos 10:9-13).
- Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa (Hechos 16:31).
- De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas (2 Corintios 5:17).

Ahora, pronuncie esta sencilla oración, con la fe

de que Dios lo oye, lo perdona y le limpia todos sus pecados.*

“Confieso ahora mismo con mis propios labios que Jesucristo es Señor, y que es el Hijo de Dios. Me arrepiento y admito que soy pecador. Le confieso a El todos mis pecados. Estoy arrepentido. Creo en El de todo corazón. Por fe, acepto el perdón de todos mis pecados, y reconozco que soy una nueva persona, que ha nacido en la familia de Dios. Por fe he nacido de nuevo, y éste es el primer día de mi nueva vida, en la que voy a servir a Cristo en libertad.”

Una palabra final: Desde ahora en adelante no tenga miedo jamás de ninguna presencia maléfica. Disfrute del descanso que Dios le ha prometido, y desde este día en adelante, **MANTENGA SU IMPULSO Y SU FERVOR.**

El consejo más importante que le puedo dar a un creyente que luche con toda sinceridad contra un pecado secreto, es el siguiente: ¡Manténgase firme! Nadie se ha ahogado jamás nadando contra la corriente en dirección a Cristo. Nadie ha sido abandonado jamás mientras se desangra a la vera del camino, si ha sido herido en su lucha por conseguir la libertad.

Si ha caído, o si tiene que enfrentarse con un vicio esclavizador que no lo quiere soltar, Dios traza una línea allí mismo donde usted está y le dice: “Ponte de pie; confiesa; sigue avanzando. No cruces de vuelta esa línea. No retrocedas de nuevo a la esclavitud. Sigue avanzando hacia mí. Has

sido emancipado, así que mantente firme y marcha con fervor hacia tu libertad por fe."

La decisión más importante que puede tomar, como creyente, es la que toma inmediatamente después de caer. Satanás le susurra al oído: — Eres un ser envilecido, sensual, infantil, inmaduro. No serás nunca santo. Jamás podrás hacer nada para Dios. ¡Ríndete! ¡Date por vencido! ¡Es inútil luchar! ¡Retorna a tu vieja vida! Dios es demasiado sublime y santo para ti; es demasiado complicado y difícil; tanto, que nunca te lo podrías imaginar. ¡Todo ha terminado para ti!

¡Mentiras, mentiras y más mentiras! ¿Así que pecó después de haber confesado y creído? ¿Así que pensó que gozaba de libertad y la perdió? ¿Así que piensa que la gente lo llamará falso? ¿Así que pecó con los ojos bien abiertos, sabiendo lo que hacía, mientras el Espíritu Santo clamaba en sus oídos? ¿Así que nunca pensó que podría hacer otra vez una cosa tan mala? ¿Y qué? ¿Siente arrepentimiento en su corazón? ¿Está resuelto a ponerse de pie y seguir avanzando? ¿Se siente humillado, avergonzado y arrepentido? Su caída no es mortal. ¡Una vez más, confiese su pecado, acepte el perdón de Dios y reconquiste su impulso y su fervor! Usted no ha dejado de ser hijo de Dios. No es esclavo del pecado. La amorosa bondad de Dios es más grande que todos sus pecados. Levante la vista, regocíjese y anímese.

Abandone para siempre su eterna introspección de sí mismo. No alcanzará la victoria, si sigue escarbando en el basurero de su naturaleza malvada. Sería como el general que ha perdido la

batalla, y cruza las líneas enemigas para consultar con su adversario preguntándole: — ¿Podría decirme por qué ha fallado mi estrategia? Quiero derrotarlo, pero no sé cómo. ¿Podría decirme qué errores he cometido?

La orientación correcta no se consigue conociendo solamente la incorrecta. Solamente se recibe comprendiendo las promesas maravillosas de Dios en Cristo Jesús, y reclamándolas. De manera que deje de mirarse introspectivamente; levante sus ojos hacia Aquel que lo ama en todo momento. No trate de entenderse a sí mismo, más bien regocíjese en el amor restaurador y sanador de Dios.

- **Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filipenses 2:13).**
- **Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia (Hebreos 4:9-11).**